

Georgina Mexía-Amador
LAS TENTACIONES
DE ASURBANIPAL



macala.cachimba

Las tentaciones de Asurbanipal

1ª edición 2014

©Derechos reservados

Georgina Mejía Amador

geo.me.ama@gmail.com

Prohibida la reproducción total o parcial
de esta obra con fines de lucro.

La manufactura de este libro es 100% artesanal.



- a. Un falso conjuro de estorninos. Así era Aulia la yerma, la obtusa. Tenía acomodadas en una repisa a las mujeres muertas en el primer parto con sus garras y sus rostros de calavera. Aulia decía: /el mundo es un depósito de cadáveres en potencia/. Farafra, en cambio, estaba habitada por un oasis en su ombligo, al que llegaban las caravanas tras una larga travesía por el desierto. Los hombres levantaban sus tiendas y descargaban la mercancía para que los camellos descansaran. Las bestias bebían agua de un manantial fresco y límpido que

brotaba de las palpitantes entrañas de Farafra. Ella olía el sándalo que penetraba por las celosías de su ventana y desde su balcón en medio del desierto se asomaba hacia el Oeste para contemplar Panonia, aquella ciudad lejanísima, habitada por minaretes, torres, casas de madera y edificios blancos en ruinas, entre los que Farafra distinguía una cúpula turquesa, bulbosa, anquilosada, erguida a contraluz del sol en un cielo más bien rojizo, poblado de nubes violetas encendidas. No sabía que desde la cúpula turquesa un hombre barbado observaba a Aulia y los pliegues de su vientre. Asurbanipal observaba a Aulia desde Panonia, después de lograr beber el té con esas manos postizas que no lograban acostumbrarse al nuevo cuerpo que habitaban. Bajo la cúpula turquesa revestida de diminutos azulejos que dibujaban flores y figurillas

geométricas, él tomaba el té con torpeza y caminaba en círculos pensativo, inquieto. La habitación bajo la cúpula era amplísima, con un portón que daba hacia el Este, otro al Norte y un tercero al Sur. Portones tallados en madera de cedro con altorrelieves de guerreros, carros de guerra tirados por caballos y prisioneros mutilados. Al centro de la habitación estaba una mesa cuadrada, cubierta por un mantel de seda verde, levantada apenas por encima del suelo por cuatro patas redondas. A su lado se encontraba un almohadón que hacía las veces de asiento. Al centro de la mesa había un vaso para el té con forma de campánula. Estaba hecho de vidrio azul y tenía un filo de oro en su base angosta. Descansaba sobre un plato también de vidrio azul, cuyo diámetro era proporcional al pequeño tamaño del vaso.

Asurbanipal se incorporaba del almohadón y deambulaba descalzo por la habitación, sintiendo entre los dedos de sus pies la suavidad de la alfombra, tejida durante doscientos años por las vírgenes de Panonia. Treinta lámparas de aceite ardían en cada uno de los cuatro candelabros circulares de hierro que pendían desde el centro de la cúpula, sostenidos por alambres de acero. Asurbanipal se asomaba hacia Aulia por el ventanal con forma lobulada que daba hacia el Oeste. Alguna vez había existido un cuarto portón en ese sitio, pero él lo había mandado cerrar hasta convertirlo en ventanal, conservando la forma del arco lobulado que había rematado el dintel del portón. No quería que sus pies lo llevaran hacia Aulia de nuevo, hacia la oscuridad de sus páramos, hacia su aliento avejentado. La recordaba orgullosa, fría,

esquiva. La primera vez que la vio, Aulia estaba sentada junto a una de aquellas fuentes talladas en la roca volcánica de la montaña; el orificio del que brotaban el agua y un espeso vapor tenía la forma de los labios abiertos de un hombre en traje de guerra, con un casco cuya cimera estaba coronada por plumas de águila. Aulia estaba ahí, como un espejismo en medio del vapor que emanaba del agua y le había ofrecido al verlo una canasta de duraznos. Asurbanipal lo tomó como una ofensa: cómo podría recibir semejante obsequio de ella si venía con el torso ensangrentado y el látigo con que azuzaba a los caballos en una de sus manos. Aulia se disolvió en medio de aquel vapor cada vez más sofocante al ver que él la rechazaba y envió una flota de navíos de guerra para destruirlo. Asurbanipal no lo sabía, pero Aulia había previsto

su condición de cadáver y a pesar de haber vencido al ejército enviado por ella, él no pudo evitar lo que le ocurriría después. Aulia se transfiguró en pantano, en cementerio. Una bandada de estorninos cubrió el cielo aquella tarde cuando el rey venía cabalgando victorioso con sus huestes por un estrecho árido de rocas. Su ejército le había arrancado los cabellos a las hijas de Sassandra, una afrenta que resultaba ser la mayor ignominia para esa gente de las estepas según uno de sus libros sagrados: un códice de piel de venado, custodiado por cuatro espejos y cuatro estatuas con cuerpo de mujer y cabeza de jaguar. El olor a cuerpos calcinados había perseguido al ejército de Asurbanipal desde que cruzaron los puentes y los arcos de Sassandra, alejándose. Llegaron al pantano elegido por Aulia. Los carros de guerra

fueron engullidos por el lodo. Los caballos relincharon ante la proximidad de la asfixia. Los guerreros aullaron sin encontrar a qué aferrarse. Y él, Asurbanipal, perdió sus dos brazos cuando un relámpago cimbró aquel páramo y le calcinó los miembros. Gritando de dolor, Asurbanipal maldijo a Aulia y a sus duraznos, a sus fuentes vaporosas con rostro de hombre y a sus calles empedradas, porque estaba seguro de que ella había sido la causante de tan amarga desgracia. Volvió a Panonia solo y deforme, con muñones en los codos. Un grupo de mujeres que llevaba cántaros en la cabeza se había apiadado de él al encontrarlo: residuo humano sin brazos, agonizando a la orilla del pantano, manoseado por el fango. Asurbanipal volvió al aposento bajo su altísima cúpula revestida de turquesas en Panonia y días después,

adormecido por las anestесias, estaba tendido en la plancha de un quirófono recibiendo un par de brazos nuevos, recién amputados. Los brazos de un cadáver.

/Quienes habitan el mundo han comenzado ya a pudrirse/, decía Aulia. Encendía su sahumero e invocaba a las mujeres muertas en el primer parto para que le revelaran el futuro. De lado opuesto a la repisa guardaba en una vitrina los brazos que les había logrado arrancar, pues sostenía que el brazo izquierdo de una mujer muerta al dar a luz contenía un fragmento de la clave para comprender el universo. Cae la noche en Aulia y ella se tiende en su cama, sobre sábanas ásperas. No sabe que Asurbanipal la observa desde su ventana en Panonia y él a su vez ignora que Farafra vendería su alma a los demonios para lograr ver de cerca esa

cúpula turquesa que se distingue por entre torres, minaretes y edificios blancos en ruinas. La caravana que acampó con sus camellos debe partir y se alejan del oasis de Farafra, aquel espejismo en medio del desierto.

- b. En Panonia habitan cientos de gatos. Se les ve trepando por tendederos de los que un día cuelgan exquisitos tapetes bordados y al día siguiente pañales de niños. Las hembras se reúnen en las esquinas a tomar el agua que los lugareños les dejan en vasijas de barro y cobre, y maúllan sin descanso durante la noche. Arrastran el vientre preñado por las aceras de cemento; se saben habitadas por un peso que las obliga a permanecer en el suelo. Los demás gatos trepan por los cables de luz, por los tendederos, por los alféizares de las

ventanas de las casas de madera. Las gatas maúllan y se arañan unas a otras. La noche en que llegó Farafra era una salmodia de gatos. Abandonó su balcón en el desierto y llegó a Panonia anunciándose con un vendaval. Tormenta de arena. Recorrió las calles en penumbra habitadas por gatos que saltaban y de gatas preñadas que se ocultaban al verla por entre los zarzales. No había nadie afuera, hasta que en una esquina Farafra descubrió la luz de una lámpara de papel. La lámpara era roja. Se acercó y descubrió a un hombre joven sentado bajo la lámpara ante una mesa de madera vacía. Al sentir la presencia de Farafra aun sin haberla visto, el joven se sacudió las ropas impregnadas de arena, se levantó de la mesa y se metió a su casa, una vivienda de madera de tres pisos, como las que poblaban las laderas

entre la ciudad y el desierto. Farafra esperó. El joven se asomó por una ventana del segundo piso, de la que colgaban tres tapetes, y dijo, apuntando con su índice hacia el Noroeste: “Lo que busca está al final de la calle”. La ventana se cerró y la lámpara se quedó colgando ahí, iluminando la esquina vacía. Farafra subió la cuesta de la calle empedrada, habitada por los ojos resplandecientes de los gatos. Llegó a la cima de la colina y se halló en una plaza con un obelisco de piedra marmórea al centro. No había nadie más que los gatos y una luz amarillenta que descendía sobre la fronda de los árboles y las fachadas de las casas silenciosas desde los faroles. A lo lejos, más allá del obelisco distinguió dos minaretes y una cúpula negra, pero no era lo que buscaba. Farafra cerró los ojos y cuando los abrió los camellos descendían de nuevo

para beber agua del oasis que brotaba de su ombligo. La caravana no se había marchado. O quizás era otra, pero ella no se había percatado de su llegada.

- c. Aulia siente el cuerpo del hombre encima de ella; él palpa torpemente los pliegues de su vientre y la anchura de sus muslos. Ella a su vez aprieta la espalda del hombre con sus dedos. Le clava las uñas. Siente el calor del hombre, el aliento húmedo que desciende sobre su cuello. Aulia cierra los ojos. El hombre la penetra, pero no ve su rostro. Sólo escucha una voz que dice /Mis nuevas manos no dirán nunca quién soy en realidad, porque hablan de un hombre con otro rostro, otra vida, otro nombre. Si cada huella de los dedos constata la existencia de cada uno de nosotros, las huellas que

Las páginas 15-67 no forman parte de esta vista previa.

Cuatro días después, Douala era consumida por el fuego.

1. /Asurbanipal ha conseguido inmortalizarse: lo único que le faltaba era incendiar Douala hasta los cimientos/, decían los sabios de Panonia, mujeres y hombres reunidos en consejo en los subterráneos iluminados por antorchas. /Ha mandado derribar por completo la terraza que circundaba su salón alfombrado bajo la cúpula turquesa/, decían unos. /Clausuró el portón que daba al Norte después de saciarse en la contemplación de las columnas de humo y las llamas en Douala/, decían otros. El clamor general entre los sabios y en las calles era el de abandonar Panonia, pues Asurbanipal había perdido la razón y los ejércitos enemigos amenazaban con una invasión despiadada. /El rey sólo piensa en sí mismo

mientras su imperio se derrumba/, comentaban las mujeres, los hombres, los ancianos de Panonia. Mensajeros llevaron noticias de invasiones, de batallones que se alistaban para arrasar Panonia: Asurbanipal había ido demasiado lejos al incendiar Douala, borrándola del mapa por completo. No había quedado nada más que desolación, ruinas calcinadas y aliento a carne chamuscada. Los líderes de los otros reinos del oriente manifestaron su hartazgo. /Pongamos un alto al rey blasfemo. Primero destruyó Sassandra, la ciudad sagrada, y le arrancó los cabellos a sus hijas. Y ahora ha reducido Douala a cenizas. ¿Quiénes seremos los próximos?/, decían. Los altos consejeros pidieron una audiencia con él, pero Asurbanipal se negó a recibirlos. Se mantenía encerrado bajo su cúpula turquesa, recordando cada palabra que Douala le había dicho. Asurbanipal veía

aparecer a Esdras ante él, siempre con su casco cónico, sus botas altas de cuero y el ominoso vacío donde alguna vez estuvieron sus brazos; la visión había comenzado a reventarle los nervios. Desesperado, Asurbanipal se arrodilló una vez más ante el nicho que guardaba la imagen de la Diosa de la Noche, la mujer alada con garras en los pies. /Te imploro que me escuches, Diosa. He creído que blandía mi poder sobre los otros pero sólo me he destruido a mí mismo. No obtuve nada al conquistar Sassandra más que haber perdido los brazos. ¿Qué hubiera preferido, entonces? ¿Vivir manco e inútil y que alguien más hubiera subido al trono de Panonia? Nunca. Aquellas mujeres con cántaros tuvieron lástima de mí y me salvaron, pero me fue más amarga la supervivencia porque tuve que cargar con los brazos de un muerto cuya imagen me persigue todo el tiempo. ¡Esdras, Esdras! No he vuelto

a ser yo mismo; una parte de otro hombre vive en mí: otras manos, otros dedos, otros brazos, otra piel. Tuve que arrasar Douala, y sé que tú me entiendes, Diosa. Tenía que extirpar de la tierra los estertores de la existencia de Esdras. Sentí cómo estas manos recordaban cada ápice de aire, cada partícula de Douala que para mí siempre serán ajenos. No podía permitir que esa vida siguiera latiendo fuera de mí mismo. Nadie lo comprenderá. ¿Qué me queda, Diosa? Sólo puedo pedirte que hagas caer sobre mí el tránsito de esta vida a la siguiente. Diosa-espejismo, dime si fuiste tú quien vino a verme aquel día al alba o si fue, en efecto, la mujer-oasis, Farafra, aquella que no existe más.../ Asurbanipal se postró en la alfombra, sollozando. Afuera escuchó una confusión de gritos y aullidos humanos, casi bestiales, poseídos por el terror y la incertidumbre. Asurbanipal se incorporó y corrió hacia

el portón Sur, el único que seguía existiendo, y lo abrió con torpeza. Afuera, las llamas engullían las torres, los minaretes y las calles de Panonia. Fuego. Humo. Gritos. Se escucharon relinchos, ruedas de carros de guerra tirados por caballos, choques de lanzas. Cánticos bélicos emergían de las gargantas de los hombres, armados con espadas de acero y cascos con abundantes crines en las cimeras. Asurbanipal intentó cerrar la puerta, pero a sus espaldas escuchó una voz familiar: /¿Qué esperas? ¿Por qué no sales a defender a tu pueblo?/ Era Aulia. Su rostro de calavera brillaba con sordidez bajo los cuatro candelabros. Asurbanipal caminó hacia ella y escupió la alfombra. /Lárgate/, le dijo. Aulia caminó hacia el muro Oeste, impassible, donde había estado el ventanal lobulado desde el que Asurbanipal se asomaba a verla. /Douala no pudo evitar revelarte lo que sentía, Asurbanipal, cazador de

leones. Preví que así sería porque era necesario enfrentarlos: ella debía conocer al hombre a quien le implantaron los brazos de Esdras. Y tú, obsesionado como estabas, necesitabas saber de dónde había salido la vida que has estado consumiendo. De la muerte surge la vida: Esdras murió y te entregó a cambio sus brazos. Pero has sido incapaz de darte cuenta de eso. Pude haber hecho que el pantano te engullera junto con tu ejército, pero no lo hice. Tu soberbia tenía que ser castigada de otro modo, y viviste obsesionado con recuperar tus brazos en lugar de darte cuenta de que estabas vivo. La vida y la muerte son un ciclo.../ Asurbanipal seguía escuchando afuera gritos, relinchos, aullidos. La muerte tocaba a las puertas de Panonia. /Deja de embrutecerme con tus palabras. ¡Vete!/, dijo Asurbanipal, cubriéndose la cabeza con las manos de Esdras. Mientras, en el Sur, Tarquinia miraba la cúpula

turquesa desde su asiento en la copa del baobab. Las mujeres seguían adorando la imagen del pingüino ciego y albino. Veía las llamaradas y las columnas de humo, y era capaz de imaginar los gritos de la gente y los crujidos de los edificios al ser consumidos por el fuego. Las casas de madera se reducían a cenizas y Tarquinia escuchó cómo aullaban los gatos, aquellos gatos que sólo Farafra había visto y oído cuando llegó a Panonia anunciándose con un vendaval de arena. Tarquinia sabía que ella era el cuarto vértice del mundo cuyo centro había sido Panonia. Pero, ¿qué pasaría cuando Panonia dejara de existir? Siguió contemplando aquella visión de humo y fuego y pudo ver en el interior de la cúpula turquesa a la mujer con rostro de calavera y a Asurbanipal. Las llamas habían comenzado a esparcirse por la alfombra, pues uno de los cuatro candelabros había caído al suelo tras una violenta sacudida. /Ya no

hay a dónde ir, Asurbanipal/, dijo Aulia, la mujer-luna, la mujer-muerte. /He visto el futuro y sabía que este momento llegaría. Entre los tres vértices que parten de Panonia destruimos el centro. Sin embargo, hay un cuarto vértice, y el derrumbe dependerá de su voluntad./ Asurbanipal se mantenía aferrado al portón Sur mientras veía cómo su habitación bajo la cúpula se llenaba de humo y fuego. Aulia avanzaba hacia él, indiferente a la destrucción que engullía Panonia. /¿Dónde está ése cuarto vértice?/, preguntó él, sabiéndose en el umbral de la muerte. /En el Sur, puesto que es el único portón que no has clausurado. Aún puedes salvarte, pero sólo si Tarquinia así lo decide. Su voluntad es la única que no he alcanzado a ver porque no está al alcance de las muertas. Douala leía las estrellas. Farafra fue incapaz de darse cuenta de que todo el universo estaba escrito en cada grano de

arena, pero se obsesionó y vino a ti, intercambiando su alma con uno de los demonios del desierto. Mientras tanto, yo finjo poder adivinar todo mediante la necromancia. Pero no todo está escrito. Cada uno de nosotros ha actuado según la libertad de sus actos, y el equilibrio del mundo depende ahora de Tarquinia. Farafra, Douala y yo provocamos el caos, y también tú, Asurbanipal. / ¿Y qué tiene que ver Tarquinia en todo esto? Panonia humea, todo ha sido arrasado por el fuego, y un rey sin reino ha dejado de serlo. / No, Asurbanipal. Haberte quedado sin brazos no implicó tu muerte, aunque tampoco significó que viviera Esdras. Este mundo no es más que un ciclo; lo único que importa es que descubras en qué fase del ciclo te encuentras... / Asurbanipal se volvió de espaldas a Aulia, y miró las ruinas calcinadas de Panonia a sus pies. El fuego alcanzaba los mosaicos de la cúpula

turquesa y el humo negro encontraba escapatoria por el único portón sobreviviente. En la copa del baobab, Tarquinia supo con certeza que había llegado su momento. Era necesario que decidiera ahora, porque sólo así el universo podría perpetuar su ciclo infinito de vida y muerte. Aulia lo sabía: la mujer-luna que cada amanecer era derrotada por el sol y por sí misma, condenada a elevarse sobre el mundo cada noche con un rostro distinto. Tarquinia no vaciló, no se detuvo en consideraciones fútiles. Cerró los ojos y vio a Asurbanipal en medio del incendio de su cúpula turquesa, solo, mirando su propio cadáver siendo consumido por las llamas, como aquella primera vez en que lo vio. Cuando abrió los ojos, las mujeres seguían cantando y bailando alrededor del pingüino ciego. Tarquinia suspiró. Y durmióse.

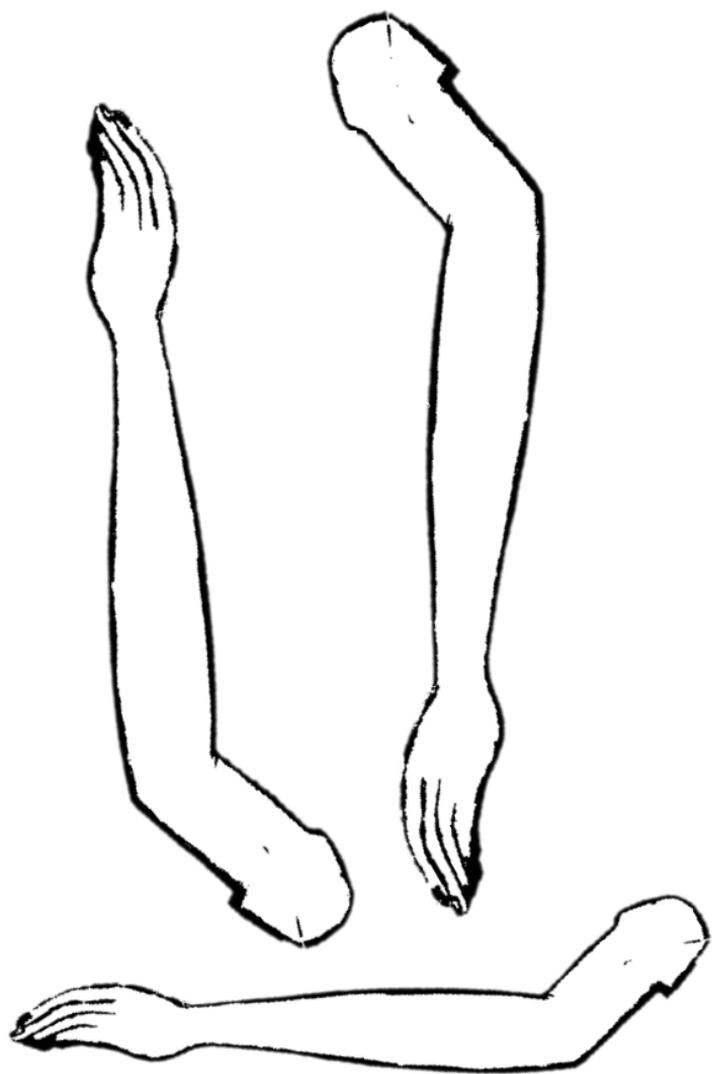
Este libro se pensó, escribió, tecléo,
imprimió, encuadernó, ilustró y manufacturó
de forma artesanal en la colonia Del Valle, ciudad de México.

Se utilizaron tipos SteelFish y Bell Mt.

Las ilustraciones se realizaron con pintura acrílica
en papel Astrobright de 90 gramos.

Para imprimir el texto se usó
papel pergamino de 90 gramos;
para las guardas se usó
papel Sundance Felt de 104 gramos,
y para la cubierta se usó
cartulina Rusticus de 200 gramos.





FUEGO

HUMO